do de Ratisbona, compañero de San Francisco de Asís, del cual fraile se cuenta que en el sitio donde pensaba predicar ponía una banderola para que, cuando la movía el viento, indicase á las turbas en qué dirección debían colocarse, según el soplar del viento, para oir mejor; así llegaba la voz á los lejanos como á los próximos (1).

3 Suponiendo, pues, que el Orador toma un tono proporcionado á su propio órgano vocal, y al lugar donde predica, debe pronunciar el discurso también de manera apta y proporcionada á las cosas mismas que se predican, y á los afectos que se intentan mover en los ánimos.

¿No es verdad que muchos oradores claman mucho y no hablan con nadie, y no anhelan sino porque retumben sus voces por todos los ámbitos del templo, sin pensar siquiera en que habían de penetrar hasta lo más íntimo y escondido de los corazones, que están muchas veces entristecidos por haber entrado en la iglesia á fin de oir sabiduría y dulcedumbre de palabras, y no cae sobre ellos más que tempestuosos gritos de amenazas? ¡Al fin pudiesen comprender lo que se les grita! Digamos, pues, con Damián de Vegas, poeta toledano del siglo xvi:

...ternéis atención De no dar terribles voces, Ni palmatadas atroces Cuando menester no son...

a) San Isidoro (2), después de los maestros antiguos, enseña que en nosotros hay tres voces: magna, media, parva, perteneciendo todas tres al tono medio ó moderado de que ya hemos hablado. Conforme á esta clasificación isidoriana, las cosas magníficas, sublimes y divinas se han de expresar con entonación de voz solemne y esplendorosa. En las narraciones y en la demostración de doctrina la entonación sea menos grandiosa ó más moderada, llana y tranquila. Y si en el discurso aparecen cosas usuales y triviales, también la voz debe salir sin ningún esfuerzo ni aparato, sino como de conversación casi ordinaria (parva).

Si se combinan con prudencia estas tres maneras de pronunciar adecuadamente á la naturaleza del asunto, por fuerza se huirá de la obscuridad, de la afectación orgullosa y de la rusticidad montañesa.

b) Esto se comprenderá mejor por lo que se enseña para la expresión de los afectos, de lo cual, aunque ya hemos hablado en su tratado propio (1), queremos todavía recordar aquí algunas reglas que escribió Quintiliano, y alega el P. Granada: «Como haya en nosotros, dice, unos afectos verdaderos y otros fingidos é imitados, es evidente que los verdaderos que en realidad impresionan al alma, naturalmente revientan, sin necesidad de ningún arte. Pero los afectos fingidos que se imitan han de lograrse por el arte.

\*Pues para esos afectos ó sentimientos fingidos lo primero es concebir bien las imágenes, y apasionarse bien, y moverse como si fuesen verdaderas. Así la voz, que es señal y retrato del ánimo y que tiene las mismas mudanzas que él, como mensajera, causará en los ánimos de los oyentes la impresión que de nosotros recibiese. Pues en materias alegres la voz fluye llena y en cierto modo alegre; pero en una contienda pone todas sus fuerzas y nervios, y sale erguida. En los halagos y cuando ruega es blanda y sumisa. En los que persuaden, aconsejan ó prometen es grave; en el miedo y en la vergüenza, contraída; en las exhortaciones, fuerte; en las disputas, redonda; en la compasión, llorosa y como adrede oscura; en la exposición y razonamientos, sostenida y como media entre el sonido grave y el agudo. En los afectos excitados se levanta; en los apacibles se baja...»

c) Finalmente, si se quiere aplicar esta aptitud ó proporción á las distintas partes del discurso, ordinariamente hablando—aunque en ello habrá muchas excepciones según las circunstancias,—en el exordio y en la narración la voz ha de correr templada y tranquila, por aquello tan sabido: «a principio clamare agreste est quidquam»; en la confirmación y refutación debe andar ágil, viva y vigorosa; en la peroración se han de emplear todas sus fuerzas y energías, sin

<sup>(4)</sup> V. San Francisco de Asis y el siglo XIII, por Emilia Pardo Bazan.

<sup>(2)</sup> Etym. L. II, c. 17.

<sup>(2)</sup> V, lo dicho en la P. I., c. V, art. 2.

dar, no obstante, nunca gritos desesperados y estentóreos, más semejantes, dice Cicerón, á los bramidos de una bestia que á las reconvenciones y súplicas, etc., de un corazón racionalmente apasionado. Y lo que se dice de las distintas partes del discurso puede muy bien aplicarse proporcionalmente á cada una de las razones que se exponen: parece que la voz debe vibrar con cierta suavidad ó templanza en las premisa é ir avivándose hasta la conclusión, que ha de expresarse con firmeza y vehemencia. Igualmente los pasajes historiales se pronunciarán con la sonoridad de la narración del discurso.

4 A toda esta variedad mágica de tonos y de fuerza se oponen tanto la monotonía, como los pasos repentinos y bruscos de la voz extremadamente aguda al otro extremo bajo y oscuro, y, por la misma razón, saltar de éste al otro. Y para acertar con el medio ha de entrar en gran parte la educación fina y esmerada y, sobre todo, el buen gusto musical y literario; pudiéndose aplicar al orador lo que decía Barbieri: «para ser buen escritor es indispensable tener buen oído músico»; y lo del célebre actor Mole: «Sin la cuerda media no puede alcanzarse la posteridad» (1).

Para el fin de corregir los dos extremos igualmente viciosos, y sostener la modulación melodiosa y ondulante entre los aledaños de las escalas musicales sirve, como á cualquiera se le viene á los ojos, el ejercicio sin interrupción y paciente, según se dirá al tratar de los ensayos oratorios.

Art. V.—De la pronunciación adornada.—Sus elementos. Medios que señala Barbieri.

Aunque absolutamente hablando bastarían las tres cualidades de la pronunciación susodichas, cúm plenos decir al-

go acerca del resultado de todo eso que es la *pronunciación* adornada y bella.

1 Esta hermosa cualidad, según la Academia Española, es «la grata y armoniosa combinación de voces y cláusulas y de pausas y cortes en el lenguaje poético y prosaico» A lo que escribe Quintiliano: «es adornada la pronunciación cuando es fácil, grande, flexible, firme, dulce, duradera, clara, limpia, y se sienta bien en los oídos».

2 Los elementos necesarios para esta pronunciación bella son el *timbre* metálico de la voz y el *oído* músico.

- a) El timbre metálico de la voz está formado naturalmente por la proporcionada y harmónica constitución de los aparatos fonéticos, y perfeccionado, algunas veces, por el ejercicio y por la higiene y aún por milagro; según lo hizo el Señor con San Bernardino de Sena.
- b) Pero la voz humana, con estar dotada de una laringe muy metálica y sonora, no alcanzará á dar una pronunciación muy hermosa, si no cuenta con otro órgano importantísimo (que ya dijimos en el artículo anterior) que es el oído músico, íntimamente relacionado con la voz; de tal suerte que el oído «ha de ser el juez competente de la harmonía de todo buen discurso, así en prosa como en verso, ó lo que es consiguiente, que para ser buen escritor (orador) es indispensable tener buen oído músico» (1).

Con este sentido perceptor de la melodía oral se pronuncian con limpieza y propiedad todas las letras vocales y las consonantes y las semivocales ó resonantes: y no sólo considerará el sonido de las letras y de las sílabas, sino también dará á todo eso los acentos prosódico y el enfático; no pudiendo ignorar que «accentus generans cantum, est in dicendo quidam cantus inferior»; y este acento es el principal generador del ritmo literario.

3 Para 'acilitar esta pronunciación oratoria Asenjo Barbieri desearía que la *Gramática* no fuese «tan pobre en signos de expresión, comparada con el arte de la Música... Así sucede, dice, que un lector literario rara vez puede á prime-

<sup>(1)</sup> Alegado este último por Carner en su Arte Escênica. También debe de ser provechoso el tratado de La tonalidad de la palabra, por A. Thiery, del cual dica la Revista Eclesiástica de Valladolid que «con gran conocimiento de la materia insiste en la sentencia de Fenelón. La palabra hablada es una especie de música, cuya total belleza consiste en la variedad de tonos, altos ó bajos, según las cosas que deben significar.»

<sup>(1)</sup> Discurso de recepción en la R. Academ. de la Lengua Española, 1892.

ra vista dar á su lectura toda la expresión debida, al paso que el lector de música interpreta de repente cualquiera composición; porque en ésta se marcan con exactitud los valores de las notas, sus grados de fuerza y movimiento, y hasta los accidentes propios de cada frase ó periodo musical. Sería, pues, muy conveniente aplicar á la escritura literaria algo que tuviera analogía con la música».

Y no tenga reparo el Predicador sagrado en procurar con estudio prudente todas estas perfecciones: tanto más cuanto, al decir del P. Yungmann, «los tonos de la voz humana son la encarnación de los afectos del alma, la forma con que se dejan ver los acordes del corazón, los signos de los sentimientos...» Esto mismo afirma Plotino, citado por el Proïesor de Insbruk: «La harmonía que nos encanta es el efecto de la harmonía interior del alma, y los tonos de la voz nos elevan al conocimiento de la belleza invisible». Y todavía más expresamente el Rom. Pont. León XIII: «Orationis elegans copia allicere animos audientium solet, et ad divinarum legum jussa affatim flectere» (1).

Art. VI.—Del aparato fonético y de su higiene para conservar y mejorar la voz.

Como es evidente que casi todo el ejercicio corporal del orador carga sobre los órganos de la fonación, creemos hacer un buen servicio á los que intentan consagrarse al ministerio apostólico, recordándoles lo que ya vieron en la Fisiología é Higiene en lo que toca directamente á conservar este aparato musical tan necesario y tan maravilloso que obra tantos prodigios en la comunicación de los pensamientos y de los afectos del alma.

Para mayor claridad y brevedad trataremos de los aparatos respiratorio y fonético propiamente dicho por separado (1).

(1) V. Fisiologia é Higiene, por F. Sanchez Casado.

1 En el *aparato respiratorio*, que suministra el viento á la *laringe*, hay que considerar ante todo las funciones de los *pulmones* colocados en el *tórax* que es, digamos, la caja que los conserva bien defendidos.

Los *pulmones* (bofes) comunican con el aire exterior por medio de los bronquios, traquearteria, laringe (que da el sonido), fosas nasales y la boca.

Es muy conveniente al orador no olvidar que para la respiración completa (inspiración y expiración) son necesarias la elasticidad de los pulmones y, como consecuencia, la movilidad de la caja torácica que los contiene. Para la inspiración el pecho se dilata por la contracción del diafragma y la elevación de las costillas. En la expiración descienden las costillas, el diafragma recobra su curvatura, y los pulmones se contraen.

Higiene.—Si queremos, pues, tener respiración fácil y holgada, conviene favorecer la acción libre de los pulmones; procurando, por fuera, el desarrollo de la capacidad torácica, y, por dentro, el que el aire entre en ellos con las condiciones debidas que ahora se dirán.

El pecho se conserva holgado, si uno anda recto (sin afectación), y toma el auxilio de la gimnasia en lo que toca á favorecer el aparato respiratorio. Con intento de que el diafragma no trabaje tanto en sus contracciones y dilataciones, muchos oradores usan cinturón, que hará muy buenos oficios con tal que no llegue á oprimir las costillas laterales, porque ello contrariaría la inspiración holgada.

0

El aire que respiramos, para ponerse en la misma temperatura y humedad que la superficie pulmonar, ha de sufrir una pequeña acción preparatoria: la boca no está hecha á propósito para esta preparación, pero lo son las fosas nasales formadas por innumerables repliegues de elevada temperatura; y el aire, al pasar por ellos, cárgase de vapor de agua y pónese á la temperatura de los pulmones.

Por donde, especialmente después del sermón, cuando la garganta está en irritación calorosa, es sumamente peligroso respirar por la boca, causando con facilidad una bronquitis ó acaso una pulmonía, y con frecuencia alguna irritación en la laringe, pudiendo el orador quedar, en un momento, tran-

<sup>(1)</sup> V. Discorsi del S. P. León XIII, dal P. Pasquale de Franciscis. Roma, 1882,

sitoria ó perpetuamente afónico é inutilizado para su oficio tan insigne y divino.

2. En el aparato fonético propiamente dicho entra desde luego la glotis ó laringe (langüeta), comunicada con los pulmones por medio del tubo traquearteria y los bronquios, y con la lengua por medio de la válvula movible que llamamos epiglotis.

La glotis ó langüeta, orificio de fonación, está cubierta de una sustancia mucosa para evitar que se sequen los labios de dicho instrumento por donde el aire pasa necesariamente con más violencia, hasta tener fuerza para hacer vibrar y sonar los labios glóticos.

Pues bien: no será por demás que tenga presente el orador que en el sonido laríngeo se pueden considerar la *inten*sidad, el tono y el timbre.

a) La intensidad del sonido glótico depende de la fuerza con que el aire de la expiración hace vibrar los labios de la lengüeta laríngea: y esta fuerza nacerá del desarrollo y elasticidad del pulmón y de la capacidad de la caja torácica y de la fuerza de los músculos de todos esos órganos.

b) La diferencia de tonalidad más ó menos alta ó baja que se observa en cada individuo proviene de la variada longitud de los labios de la lengüeta.

c) El timbre más ó menos sonoro y metálico de la voz nace principalmente de la constitución fisiológica de la glotis, y también de la finura de las distintas membranas y músculos que cubren todo este aparato. Aunque en verdad tales sonidos son bastante modificados por el modo de resonar en las cavidades de salida que son la bóveda palatina, las fosas nasales, la lengua, los dientes y los labios.

Higiene.—Para la intensidad de los sonidos ya dimos los medios de favorecerla. Y para todos estos aparatos y órganos tan apreciables y necesarios al orador serán muy excelentes los consejos higiénicos que da el P. Mach en su Tesoro del Sacerdote (1):

«1.º Para conservarse robusto y tener la voz clara, penetrante y argentina es preciso ser *casto*.

»2.º A la castidad el Predicador ha de añadir mucha sobriedad, absteniéndose de licores y de comidas picantes, saladas, recargadas de aceite..., y de difícil digestión y que impiden dormir...

33.º Guárdese mucho de constiparse; para eso evite las corrientes de aire, y no beba nada frío en acabando de predicar.

»4.° Si se hubiese constipado, guarde cierta dieta, y coma alimentos más bien laxantes que restringentes. Y beba alguna agua refrescante, aunque siempre templada...»

Antes de predicar y estando ya á punto de subir al púlpito es bueno tomar una ó dos yemas de huevo bien desleídas en azúcar, echando luego agua bastante caliente (1). Si no fuera fácil esta operación, beber un huevo fresco ó comer algunos higos secos daría casi los mismos efectos.

En el púlpito no esfuerce la voz más de lo que buenamente ésta pueda modular; y concluya el sermón tan pronto como le empezase la ronquera, porque no siempre se repite lo de San Pedro Crisólogo.

Después del sermón vuelva á tomar alguna poción que mitigue el ardor de la garganta. Da buen resultado ir bebiendo á sorbos ó á cucharadas medio vaso de agua caliente, un poco azucarada y mezclada con unas pocas gotas de vino bueno. Abríguese bien, fuera de corrientes de aire y en habitación de temperatura regular ó en la misma iglesia hasta que el sudor haya casi desaparecido, y se haya normalizado la excitación nerviosa agitada por los esfuerzos de la peroración oratoria.

Nótese bien: Estos medios y remedios sólo se han de adoptar en casos de necesidad, ó en sermones que causen

<sup>(1)</sup> Nació en Barcelona en el año 1810; y pasó casi to la su vida religiosa dando Misiones, consiguiendo fruto incalculable en la salvación de las almas. Tiene un Tesoro del Sacerdote, muy provechoso. Murio en 1884.

<sup>(4)</sup> Dicen que el gran orador parlamentario inglés, Mr. Gladstone, en lugar de agua templa ta usaba vino seco de Jerez.—Cordero, en su Escuela de Canto, receta para los constipados: «Cuartillo y medio horchata almendras; una onza de goma en polvo; media onza aceite de almendras dulces; onza y media de jarabe de regaliz, palo dulce ú orozuz y dos yemas de huevo del día ó lo más frescas posible. Todo esto se agita en una botella, y en los descansos (digamos en el avemaría, etc.) se toma à buches: es muy indicado».

cansancio; no en cualquier plática sencilla y de poco esfuerzo. Y siempre con moderación y sin aparato que llamen la atención de quienes rodean al que ha predicado el ejercicio de las virtudes cristianas, y tal vez la necesidad de la penitencia.

## CAPÍTULO III

Te la Mímica Oratoria

La Mímica es el arte de significar y expresar con más gracia y fuerza, por medio de los gestos exteriores, los pensamientos y pasiones del alma.

Dicen los pintores que «la mayor gracia que puede tener una figura es que parezca que se *mueve*, lo que llaman ellos *furia* de la figura. Y para representar este movimiento no hay forma mejor acomodada que la *llama de fuego...*» (1).

Esto de la Pintura parece poderse aplicar bastante á la Oratoria; pues, por una parte, decimos de un orador que no tiene fuego, que es poco fogoso, que tiene mucho fuego, etc., y por otra, dice el P. Yungmann, las acciones y los movimientos que formamos libremente y con libertad (semejantes á los de las llamas de fuego) sin dejar de ser proporcionados á un principio general de movimiento, no sólo nos manifiestan la actividad más perfecta de la razón ordenadora, sino al mismo tiempo son la imagen de su propia vida y de su libertad. Así estos movimientos exteriores que reflejan y expresan los afectos interiores del alma son su mejor lenguaje, no español ni francés, ni peculiar de ninguna otra nación, sino innato á la misma naturaleza del hombre. Porque la ira, dice S. Agustín, no es latina ni griega ni hebrea: y si alguno dijere en latín que está airado, los que no poseen

<sup>(1)</sup> La maggior grazia che po sa aver una figura é che mostri de moversi, il che chia mamo i pittori furia de la figura. E per rappresentare questo moto non vi é forma piu accommodata, che quella de 'a framma del fuoco... (Miguel Angel à su discipulo Marco de Sena, citado por Jungmann).